

temor” (pág.: 218), se encuentran a lo largo de todo el texto.

Obviamente estos relámpagos que suelta pensador que se convirtió en apátrida durante su exilio, casi permanente, en Francia, hay que interrogarlos desde el interior de su obra, desde el todo de su producción literaria y vital, para que pueda ser plenamente comprendido (y no malinterpretado, como sucede en numerosas ocasiones) y poder ver así la fuerza y la consistencia de su pensamiento.

A pesar de la megalomanía que contiene alguna afirmación suya (sobre todo de sus primeros escritos), la necesidad de aceptar el fracaso en el sentido más original posibilita el esclarecimiento de la realidad humana y, en consecuencia, del sentido de la Filosofía para Cioran: “*Una sola cosa importa: aprender a ser perdedor*” (pág.: 130).

A diferencia de Pascal, Cioran sí levanta la alfombra y se interroga acerca de todo aquello que no tiene una respuesta. Se asoma al abismo y a sabiendas del fracaso que ya implica de antemano todo preguntar radical, no se echa nunca hacia atrás, continúa el camino a la intemperie. Aquí reside la grandeza de este pensador y su permanente actualidad.

Con lo dicho hasta aquí, hemos intentado hacer un esbozo de los temas del texto, pero, como se puede ver claramente, se muestra la dificultad de hablar de una obra de E. M. Cioran separada de las demás, ya que se cae siempre, aunque no se quiera, en el riesgo de la malinterpretación. Por ello, es necesario asomarse siempre a la obra de dicho

filósofo, pero sin perder la perspectiva para poder comprenderlo (o al menos intentarlo) en su totalidad. Por tanto, la paradoja y la contradicción sirven a Cioran como instrumentos de análisis de esa parte oscura del ser humano y de todo lo que concierne a este último: aquí reside la importancia de este pensador del siglo XX.

Abraham PÉREZ FERNÁNDEZ

THERBORN, Göran. *¿Del marxismo al posmarxismo?* Madrid: Akal, 2014, 198 pp.

Es un lugar común que el marxismo lleva en crisis desde hace décadas. Principalmente, existe una crisis de legitimidad: si hace años el marxismo era la única teoría de la transformación social, en los últimos tiempos, principalmente a raíz de la caída del Muro de Berlín y, especialmente, de la labor teórica y de propaganda de algunos intelectuales como Francis Fukuyama, el análisis marxista de las condiciones de vida parece haber sido despojado no sólo de su capacidad interpretativa sino, lo que es más importante, de su capacidad de ofrecer modelos alternativos a la sociedad capitalista.

Pese a ello, el mundo intelectual marxista parece no haberse dado cuenta del todo de esta crisis. La reacción mayoritaria de ese mundo ha sido la de construir una coraza con la que defenderse de los ataques. Así, la maniobra principal con la que se ha intentado llevar a cabo este repliegue ha sido la de volver a beber de las fuentes origi-

nales. Los autores contemporáneos que tratan estos asuntos y que han llegado a cobrar mayor importancia son los que, paradójicamente, han querido restituir el marxismo volviendo la vista atrás, más en concreto a hace un siglo, como hace Zizek con Lenin, o a hace siglo y medio, como hace Negri con el Marx de los *Grundrisse*.

En todo caso, parece que el mundo de la producción teórica del marxismo nunca se ha tomado en serio esa frase de Marx del *18 de Brumario* en la que decía que la revolución toma su poesía del futuro, no del pasado. Los muertos, según Marx, tenían que continuar estando muertos. El movimiento por la emancipación tenía que mirar hacia el futuro, hacia las posibilidades abiertas para que dicho movimiento pudiera continuar vivo.

Esta frase de Marx parece mantener su vigencia, en el sentido de que en muy pocas ocasiones el mundo teórico del marxismo, ya sean los intelectuales encargados de producir la teoría, o los movimientos sociales relacionados con ellos, no han sabido, o no han querido, fijar la mirada en el futuro incierto. Más bien, han querido escarbar en el pasado glorioso en busca de alguna idea que nos haga salir de una crisis en la que parece que el marxismo no es capaz de mirar a otro sitio sino a sí mismo.

El libro de Göran Therbon *¿Del marxismo al posmarxismo?* no es una excepción a esta tendencia general. El mismo hecho de que el título aparezca en la forma de una pregunta nos hace pensar que el autor no termina de creerse la necesidad de desembarazarnos del

marxismo, ya sea de un modo general, o en la forma de una crítica sin complejos que desvele sus elementos oxidados. Por el contrario, parece indicar la necesidad, otra vez, de mirar hacia atrás, de “recuperar” el marxismo como la *única* forma de teoría con la que podemos entender el mundo y la posibilidad de su superación. Y es justo ese enésimo ejercicio de reivindicación del marxismo el que encontramos aquí.

Según el propio autor, el libro pretende ser un intento de explicación de la actualidad del marxismo a comienzos del siglo XXI, es decir, después de la caída del “socialismo real” y de la conversión de China en una economía capitalista. Por este motivo, lo primero que lleva a cabo es la explicitación de las nuevas condiciones del juego global de las luchas dentro del capitalismo. Así, la primera tarea es la de delimitar el espacio social de la política de izquierdas y de derechas desde los años sesenta hasta la primera década del siglo XXI. Este intento no sería ni una historia política ni un programa estratégico, aunque tendría que ver con ambos (p. 11).

El nuevo tablero de juego se analiza a través de la nueva geopolítica mundial. La perspectiva que toma el autor es la de la relación entre tres elementos: a) las formas que toma el Estado; b) los mercados y c) las configuraciones sociales (p. 13). Así, Therborn cree que se pueden recoger más aspectos de la cuestión que si se redujera el conflicto a una mera distinción entre capitalismo y socialismo.

De entre todas las formas de Estado, las diferentes configuraciones de los

mercados mundiales y sus respectivas configuraciones sociales (pp. 15-32), destaca un elemento que es novedoso en tanto que apunta a problemas específicos de nuestro presente más concreto y que están relacionados con la base misma del marxismo:

“Aunque es cierto que existe una organización internacional de habitantes de ciudades miseria (...) es poco probable que se pueda incluir en el repertorio clásico de protestas y revoluciones obreras. El “colectivismo irreverente” clásico, cuyo representante histórico siempre ha sido el movimiento de la clase obrera industrial, ha dejado atrás su punto culminante y en la actualidad se está debilitando progresivamente” (p. 29)

De esta afirmación parece deducirse la permanencia de un prejuicio marxista que intenta sobrevivir aún a pesar de que los datos sociológicos tiendan a desmentirlo. Este prejuicio consiste en afirmar que el proletariado es el *único*, o el más importante, sujeto de oposición al capitalismo. En la idea clásica de Marx, el proletariado, debido a su papel dentro del modo de producción, tiene asignado el papel de fuerza negativa de la historia, de tal forma que él y sólo él parece tener esa capacidad de destrucción del capitalismo. Lo que está afirmando aquí Therborn es que los habitantes de las crecientes ciudades miseria no parecen estar situados en una situación social en la cual puedan tomar el testigo de la lucha del proletariado. Por su parte, éste

parece cada vez más mermado en dicha capacidad de oposición.

Es cierto que los habitantes de las ciudades miseria no pueden ser incluidos dentro del repertorio clásico de protestas y revoluciones obreras. El siguiente paso en el argumento es el que parece problemático: al no poder identificarse con el proletariado y sus luchas, dichos habitantes de las ciudades miseria no pueden convertirse en el nuevo, o en una parte del, sujeto revolucionario que se enfrente al capital. No se trata de afirmar que un grupo social pueda sustituir a otro en una lucha histórica. De lo que se trata aquí es de preguntarse por qué, de entrada, la miseria y la exclusión de aquellos que viven en los nuevos vertederos humanos de las ciudades miseria no pueden llegar, dadas ciertas circunstancias determinadas, a enfrentarse realmente contra el capital de forma que suponga una verdadera amenaza.

La respuesta a este problema es que parece que Therborn, y en esto toda la tradición marxista contemporánea parece seguirle, no entiende otra forma de lucha que no sea la del movimiento obrero. Muerto éste, o en estado comatoso, lo único que queda es lamentarse por la victoria, más o menos duradera, del capitalismo. La necesidad que establecía Marx al papel negativo del proletariado se muestra ahora, en unas condiciones muy diferentes de vida y de producción, como un obstáculo para entender que, tal vez, sean posibles otras formas de subjetividades antagonistas que pueden tener poco o nada que ver con las luchas y las formas organizativas del movimiento obrero. En el fondo,

este esquema marxista parece decir que la miseria y la exclusión no pueden convertirse en el motor revolucionario de la transformación social.

Uno de los méritos del libro es que intenta poner en el mismo plano de importancia las victorias y las derrotas de la izquierda a lo largo del siglo XX. Durante mucho tiempo, el marxismo, y la izquierda en general, ha construido un relato de sus luchas que no ha querido asumir que, en ocasiones, han ocurrido derrotas muy duras debidas, entre otras razones, a errores internos a su propia teoría y práctica (pp. 33-53). Reconociendo ciertos límites de la izquierda actual, parece resonar en todo momento un cierto lamento por la pérdida del uso del marxismo en el desarrollo de una crítica antimodernista dentro del movimiento altermundista de principios de siglo, es decir, en los movimientos que quisieron criticar la globalización en términos de crítica al progreso.

Pese a lo que entiende Therborn, esta crítica al progreso en términos de una crítica de la globalización capitalista no tiene por qué ser conservadora. Aunque esa crítica no fue marxista en sentido estricto, sí que fue pertinente en el contexto de principios de siglo. Es el marxismo el que aparece como conservador ante unas condiciones materiales semejantes. En esta línea, Therborn lleva a cabo otro de los gestos típicos de la intelectualidad marxista contemporánea. El Posmodernismo, la nueva época que nació a raíz de ciertas transformaciones internas al capitalismo en los años 60, es entendido como una forma de conocimiento social, o una especie de ambiente

cultural, radicalmente conservador. Al relativizar los relatos de emancipación, el intelectual marxista entiende que se está atacando la posibilidad misma de superación del capitalismo:

“El discurso posmoderno tiene algo importante que enseñar, pero debería someterse a una interpretación más sintomática que literal, y considerar que se trata de un cuestionamiento de concepciones no dialécticas de la Modernidad, un síntoma de la desorientación de la (antigua) izquierda, y una forma de miopía en relación con el mundo más allá del Atlántico Norte” (p. 141)

Aunque en ciertos momentos y autores esto es cierto, la Posmodernidad puede entenderse también, tal y como parece hacerlo Jameson, como una nueva época del modo de producción capitalista, caracterizada por la hegemonía de una serie de conceptos nuevos que transforman la visión del mundo y de la sociedad. En este sentido, el marxismo queda en fuera de juego al quedar transformadas sus bases filosóficas y conceptuales, arraigadas en la tradición de la filosofía moderna del sujeto y de la conciencia.

Para luchar contra esta amenaza posmoderna, Therborn intenta hacer un balance de la teoría crítica durante el siglo XX. Para ello, rescata la cuestión de la dialéctica de la Modernidad en Marx, es decir, la idea de que la época moderna está llena de contradicciones, de tal forma que la Posmodernidad como relato

aparentemente nuevo no habría tenido en cuenta que la Modernidad ya implicaba la posibilidad de contradicciones internas que podrían hacer pensar en su final. Para ello, repasa el concepto de Modernidad en Marx, especialmente en el *Manifest* (pp. 81-84), y de las aportaciones de la *Frankfurter Schule* y su disputa contra Popper como representante del liberalismo político y filosófico (pp. 83-97).

Además de esto, su intento de reconstrucción de la teoría crítica dentro del marxismo pasa por otros elementos teóricos como el llamado “marxismo occidental” (pp. 98-103), la relación entre la teoría crítica y la Revolución de Octubre (pp. 103-105) o el marxismo después de la II Guerra Mundial (pp. 110-113). Este análisis, en líneas generales, adolece de un cierto academicismo que parece no entender que, durante todo el siglo XX, el marxismo no fue sólo una corriente de intelectuales cuyos problemas, como ocurre en otras corrientes filosóficas, poco o nada tenían que ver con la sociedad contemporánea. El marxismo estaba constituido por los intelectuales marxistas pero también por la historia de los partidos comunistas oficiales y su relación con Moscú, la historia de los movimientos obreros críticos con dichos partidos comunistas oficiales, los marxismos heterodoxos que intentaron establecer otra relación entre teoría y práctica, el movimiento libertario, que supuso una vía alternativa de emancipación social, etc. En definitiva, el academicismo que tiene esta parte del libro le da un carácter excesivamente selectivo a una historia que no puede ser abordada

sólo desde una perspectiva unilateral.

Esta reconstrucción de los elementos críticos internos al marxismo tiene la intención de conservar la vigencia de la dialéctica como método de aproximación a las cuestiones sociales. El método dialéctico le sirve para poder entender el período en el que ese elemento crítico pareció disolverse dentro de la teoría marxista. Este contexto es el que ya señalaba al principio del libro, es decir, el del comienzo del siglo XXI.

La descripción de esta nueva realidad social a la luz de la nostalgia por el olvido del método dialéctico le lleva a reconocer, otra vez, la derrota de los movimientos de emancipación. Para poder entenderla, Therborn habla de la ruptura del “triángulo del marxismo”: a) el marxismo como ciencia social histórica que estudia el funcionamiento del capitalismo y los acontecimientos históricos determinados por la dinámica de las fuerzas productivas y las relaciones de producción; b) el marxismo como dialéctica y c) el marxismo como una postura que sirve para el derrocamiento revolucionario del orden real (pp. 130-131).

Tras la derrota del marxismo en esos tres campos, el autor se enfrenta de lleno al desafío de la Posmodernidad. Puesto que, supuestamente, la nueva época está caracterizada por la incertidumbre y la falta de perspectivas, hay toda una serie de elementos que intentan cubrir el vacío. Así, se van turnando en importancia un cierto giro teológico en Europa, que consiste en que la vuelta al cristianismo es entendida como una consecuencia de la Posmodernidad y su falta de perspectivas

(pp. 145-148); un nuevo auge de la cuestión de la utopía (pp. 154-160); diferentes alternativas al estudio del Estado (pp. 160-164) o un cierto regreso a la cuestión de la sexualidad (pp. 164-166). Therborn cree que, además de ser tendencias minoritarias, son enfoques que no deberían desplazar la preocupación por los temas clásicos de la izquierda (pp. 175-177). Otra vez, parece exponer una cierta nostalgia por la defensa del verdadero socialismo. Lejos de ver en ello la posibilidad de renovación del marxismo, lo que hace en todo momento es presentar estas nuevas corrientes como desviaciones de lo que debe ser el marxismo: la explicación de la sociedad en términos dialécticos y la vuelta a una cierta forma de economía política (pp. 122-124).

Como conclusión, y en relación con el problema del nuevo sujeto revolucionario, el autor reconoce que, en el futuro, podrá haber sujetos anticapitalistas que no se llamarán a sí mismos “marxistas”, pero lo hace, otra vez, con una cierta nostalgia, como si eso fuera una pérdida para la esperanza de una sociedad emancipada y no como la oportunidad de adaptarse a nuevas condiciones materiales.

En definitiva, el libro de Therborn es paradigmático de ese intento de cierta intelectualidad marxista que intenta salvar los muebles ante la catástrofe en la que ya estamos inmersos. La crisis financiera mundial que comenzó en 2008 no ha traído la transformación *radical* de las sociedades del capitalismo posfordista, aunque no ha dejado todo igual que estaba. Con un análisis marxista más o menos ortodoxo, que parece que

es el que echa en falta Therborn, podemos explicar, con mayor o menor exactitud, las causas de la crisis. Sin embargo, pocos marxistas han podido ofrecer modelos sociales alternativos, prácticas económicas diferentes, modelos de sociedad *posibles* con los instrumentos tecnológicos y sociales disponibles, etc. El marxismo parece haber quedado circunscrito a un cierto academicismo en el que sus análisis funcionan pero sólo a costa de remitir a esquemas previos que parecen no querer, o no poder, ponerse en cuestión. Los análisis de autores como Badiou, Žižek o Negri ofrecen ideas realmente estimulantes y absolutamente necesarias para poder entender la posibilidad de una vida diferente, pero no parecen estar a la altura de las novedades y reconfiguraciones sociales, políticas, económicas y tecnológicas de nuestro presente.

No se trata ahora de echar por tierra el marxismo. Más bien se trata de todo lo contrario. Su potencia crítica podría usarse en construir una mirada del futuro, que se dirija hacia las nuevas posibilidades abiertas en nuestro presente por formas de organización nuevas (15M, *Occupy Wall Street*, etc.) o por adelantos tecnológicos que pueden dar lugar a nuevas formas de relaciones económicas (p.e. economía de lo común). Sin embargo, parece existir una cierta reticencia a poner en cuestión los esquemas básicos del marxismo. Ante cada elemento nuevo, la intelectualidad marxista parece ejercer la protesta de que lo nuevo no puede servir a la emancipación por no poder introducirse en los esquemas dados.

De lo que se trataría, en última instancia, es de ejercer la dialéctica contra el propio sistema marxista, tanto en sus elementos individuales (conceptos clave como los de “clase social”, “tasa descendente de ganancia”, distinción “valor de uso/valor de cambio”, etc.) como en su hegemonía en tanto teoría del cambio social. Desde el mismo método dialéctico no tiene sentido conservar una metodología histórica cuyo suelo material ha sido transformado profundamente. La dialéctica parece exigirnos que pongamos en cuestión al materialismo histórico.

Cristopher MORALES BONILLA

THAYER, Willy. *Tecnologías de la Crítica. Entre Walter Benjamin y Gilles Deleuze*. Santiago de Chile: Ediciones Metales Pesados, 2010, 270 pp.¹

Prof. Dr. Jorge BROWER B.

En este extenso ensayo, el autor intenta un pliegue discursivo más en torno al *topoi* semántico ocupado por la crítica. Sobre haces de sentido, en tramos más abiertos y en otros más focalizados, la huella /ritorno a la que siempre regre-

¹ El ensayo que aquí reseñamos ha sido de gran relevancia para el desarrollo del referente teórico del proyecto de investigación: “Gobernanza para la Educación Superior en la administración Bachelet (2014-2018): exploración crítica discursiva de la reforma educacional” para el período académico 2015-16. Universidad de Santiago de Chile, Usach. Agradecimientos Proyecto DICYT, Código 031576BB, Vicerrectoría de Investigación, Desarrollo e Innovación.

sa, es precisamente la crítica. La crítica como cuerpo que exuda (transpira), que se agrieta o fractura permanentemente extendido en un territorio cuyo subsuelo inestable lo exige para *llenar los huecos* de un universo semiótico en expansión.

En este volver sobre la crítica, Thayer plantea una argumentación inicial que nos parece no sólo esencial sino que definitiva. Desde la pregunta *in absentia* respecto a qué sujeta y por tanto qué vincula el ejercicio crítico, la exposición argumental establece que el proceder crítico siempre se expresa como un marco, como una tecnología que contiene en definitiva la vida. La vida/bios, esa que se expande y se dispersa, es sujeta por el formato de diversas tecnologías críticas desde las cuales volverá a desbordarse buscando causas que no conocemos más allá del repertorio lógico territorializado desde el canon aristotélico. De este modo, la crítica queda instalada como performance dentro del marco de la tecnología. La negatividad expresada y sancionada en el hacer crítico sujeta entonces el *temblor de un exceso permanente*, agregamos, el exceso de la vida/bios, de la vida en sí, en estado natural.

El planteamiento inicial del autor sirve como clave para entrar en un texto que es recorrido por diversas avenidas de sentido cuya *cifra e imagen* es siempre la crítica. Ciertamente en ese recorrido-trayecto que fija como posición inicial la relación *crítica/vida*, resulta interesante la comprensión de las obras humanas como la *mise en scene* de toda una potencia clasificatoria que Thayer sintetiza en la figura del *cinematógrafo*